

PERSPECTIVA LITERARIA DE DIOS

ANOTACIONES AL MARGEN DE UNA PONENCIA

Manuel Ruiz Jurado, S. I.

LA ya tradicional reunión de los intelectuales católicos franceses nos dejaba hace unos años una síntesis panorámica. Aunque se limite a la literatura francesa, no resulta demasiado difícil hacer su extensión al resto de la actual literatura del mundo de Occidente. No abarca complejamente los diversos aspectos del tema de Dios, pero es lo suficientemente significativa para dar el tono a un estilo de época.

M. Albert Beguin distinguió en los 50 años dos etapas. En la primera se destacan cuatro nombres fundamentales: León Bloy, Peguy, Claudel y Bernanos. Son los portaestandartes de una revolución cristiana contra el jansenismo burgués dominante en la Francia que les precedió. Frente al pesimismo y moralismo de la perfección individual, ellos representan una cosmovisión más global y más abierta a la fraternidad humana universal. Se ama a Dios en comunión con los demás hombres. Se espera en Dios con una existencia abierta, dada, religada a la comunidad viviente de los hombres. Hay en ellos, ante todo, como una mística de la espera. Aceptan el mundo moderno como una masa que hay que vivificar con la savia que lleva en sí el cristiano.

La segunda etapa, la de la postguerra, testimonia a Dios en el silencio, en la ausencia, en el vacío que nos dejan el dolor y la angustia humana puestos al desnudo. Un abismo llama a otro abismo. El hombre presa de la desgracia, desligado, en su más tremenda soledad —a pesar de estar acompañado—

se encuentra a sí mismo arrojado en un mundo que le parece absurdo, y cae en la cuenta de una ausencia. Se trata de Malraux, de Sartre, de Camus. En una auténtica paradoja se llegó a proponer la siguiente afirmación: "La literatura anticristiana es hoy la más cristiana" (1). Los intelectuales franceses encuentran en ella más vida real. No se escamotean el dolor ni la angustia del hombre. Y esa introducción y como acercamiento a la autenticidad nos aproxima a su vez al Cristo Dios de la Encarnación y la Pasión, y puede poner más fácilmente en nuestros labios un clamor de redención.

Se vino a coincidir, sin necesidad de discusión, en que la literatura de redención a base de mundos imaginarios es mucho más falaz y peligrosa que la del testimonio por negación. La razón podemos imaginarla sin gran dificultad. En la negación hay testimonio por contraste, se prepara la exigencia del Infinito que explique la absurda nada radical de nuestro ser, se preludia la respuesta al clamor de nuestra angustia. En la literatura falaz, a que se alude, se da más bien indiferencia, evasión de todo problema hondo, autocontentamiento peligroso porque disimula la llaga impidiendo así el acceso a toda medicina.

Me parece capital haber destacado este riesgo. Cada día toma más cuerpo la sensación de ese dulce deslizarse del

(1) «Monde moderne et sens de Dieu», *Semaine des Intellectuels Catholiques*, «Flore», Pierre Horay. Paris 1953, pg. 189.

mundo, que, se crea cristiano o no, se deja suavemente llevar en una vida sin contacto auténtico con lo sagrado. Nos amenaza el olvido, la indiferencia, la ignorancia de lo sobrenatural. Estamos asistiendo al espectáculo de un mundo que se ateiza en todos los detalles de la vida diaria.

Sin embargo, no puedo dejar de lamentar que la literatura anticristiana sea tenida hoy en Francia por la más cristiana. Claro que en la reunión, de que hablo, no se trató de los ascetas y teólogos que cuentan hoy entre sus hombres excelentes y profundos publicistas. Pero la poesía, novela, teatro ¿por dónde van? Aun los más ortodoxos son, por la general, manjar de fuertes. Personas muy formadas y de potente estómago intelectual quizás sean las únicas capaces de beneficiarse de ese testimonio negativo de Dios que ha prevalecido en las obras de post-guerra (2). Es dura la prueba del catolicismo en Francia. Quizás por contrapeso presente tan fuertes personalidades. Pero se han echado de menos en la literatura de creación.

Y ese panorama de angustiosa presencia y ausencia de Dios ¿será una meta conseguida? Yo me inclino a creer que es una etapa a la que seguirá una reacción de signo solidificante y serenador como la que parece desarrollarse en la política. Sin que por eso el ritmo de nuestra circunstancia vital deje de matizar con su agilidad y desenvoltura

(2) Algunas; p. e. las de Sartre han sido colocadas por la Iglesia en el «Índice de libros prohibidos».

—etimológica— esas mismas producciones de reacción.

Es interesante la constatación teológica de ese tipo de intelectual contemporáneo, hidrópico de angustia, con una suprema capacidad y como exigencia —desarrollada hoy sobremanera entre nosotros— de bucear en la profunda miseria humana para experimentar, como por contraste fulgurante, el trascendente poder de la redención del Verbo encarnado, la gracia actuada del misterio de la Encarnación. Nueva confirmación de la fuerza inagotable de la fe y de que ningún camino hacia Dios está cerrado. Dios nos aguarda a la vuelta de cualquier recodo del camino.

Pero hay que desear un testimonio positivo de Dios también en la literatura. Buscamos devolver al mundo el sentido de Dios, y eso se hace poniéndolo en contacto con El. Para lograr ese contacto, se impone vivir de Dios. Hay un contagio misterioso que escapa a veces a toda demostración y que ninguna descripción llega a agotar. El alma que cree, espera, y ama, con virtudes teológicas profundamente enraizadas, vitalizando su existencia, las trasfunde como por ósmosis en la concepción de su plan, en su interpretación del mundo y del hombre, y en la expresión artística que refleja su obra. La gracia de la fe cultivada por la Iglesia en el alma del artista tiene en sí potencia para hacer florecer ese sentido cristiano que conduce a encontrar siempre el camino exacto del testimonio personal en cualquier profesión humana, su quehacer peculiar en el Cuerpo Místico de Cristo.

